

X. Tercera vía: el centro político de la discordia

(del libro: Héctor Díaz-Polanco, *La cocina del diablo. El fraude de 2006 y los intelectuales*, Temas de Hoy, Editorial Planeta, México, 2012.).

Una socialdemocracia a modo, de médula liberal, ha invadido capas completas de nuestro mundo intelectual. Sus características se resumen en un peculiar “tercerismo” que, al mismo tiempo, renuncia a cualquier compromiso intelectual con los cambios democráticos de fondo. En términos sartreanos, no extraen de sus investigaciones y reflexiones contradicciones sustanciales. El horizonte capitalista les resulta insuperable.

Para comprender este fenómeno es necesario echar un vistazo a las transformaciones políticas e ideológicas que sufrió el llamado sector “progresista”, en su sentido amplio. Nos referimos particularmente a una franja de intelectuales que se auto adscribían en el lado izquierdo del espectro político, pero que durante la última década del siglo XX experimentaron un notable desplazamiento hacia la socialdemocracia, identificada entonces con el “centro”. Con ello se hacía alusión a una posición política de izquierda, pero con rasgos “moderados” como los que procuraba delinear la “nueva” socialdemocracia europea.

El punto es que, con el paso de los años, dicha socialdemocracia “progresista” —que quería distinguirse tanto de la izquierda histórica (particularmente de la marcada como socialista o marxista) como del liberalismo extremo conocido como “nueva derecha”— terminó sucumbiendo al liberalismo, denominado finalmente como neoliberalismo. Nació así una corriente híbrida que denominaremos *socialdemocracia neoliberal*. Al menos buena parte de los intelectuales que hoy combaten, con especial ardor, cualquier manifestación sociopolítica que se proponga impulsar cambios en América Latina, pertenecen a esa corriente, con independencia de que una franja de ella, como veremos, continúe reclamando raíces en la izquierda.

Los medios y los fines

Un primer componente básico de la doctrina de esa corriente es el pragmatismo, que comparten con viejas tendencias conservadoras. En el núcleo del pragmatismo, como recuerda Max Horkheimer, se encuentra “la creencia de que una idea, un concepto o una teoría no son otra cosa que un esquema o un plan para la acción, de tal modo que la verdad no es otra cosa que el éxito de la idea”. Más precisamente, se trata de “una doctrina que afirma no que todas nuestras expectativas se ven cumplidas porque nuestras ideas son verdaderas, sino más bien que nuestras ideas son verdaderas porque nuestras expectativas se ven cumplidas y el éxito acompaña a nuestras acciones”.¹

¹ Max Horkheimer, *Crítica de la razón instrumental*, Editorial Trotta, Colección Estructuras y Procesos, Madrid, 2002, p. 75.

Para encarrilarse por el sendero pragmático —esa “subjetivación de la razón”— se debe borrar todo pasado, remoto o reciente. En una suerte de absorción por el futuro del resultado esperado, “la dimensión del pasado pasa a ser erradicada de la lógica”, dice Horkheimer. Pero como lo comprendió Benjamín con tanta agudeza, la presencia del pasado como condensación de las derrotas de los vencidos es la chispa que enciende el proyecto de emancipación humana. Es por eso que el *Angelus Novus*, el “ángel de la historia” a cuyos pies se amontonan las ruinas del progreso, mira hacia el pasado.² Para Benjamin, hacer una articulación histórica del pasado “no significa conocerlo ‘tal y como verdaderamente ha sido’”, sino “adueñarse de un recuerdo tal y como relumbra en el instante de un peligro”. En otras palabras, se trata de “fijar una imagen del pasado tal y como se le presenta de improviso al sujeto histórico en el instante del peligro”. ¿Y cuál es el peligro que amenaza, a un tiempo, al patrimonio de la tradición y a sus receptores? “En ambos casos —dice el autor— es uno y el mismo: prestarse a ser instrumento de la clase dominante. En toda época ha de intentarse arrancar la tradición al respectivo conformismo que está a punto de subyugarla [...] El *don de encender en lo pasado la chispa de la esperanza* sólo es inherente al historiador que está penetrado de lo siguiente: tampoco los muertos estarán seguros ante el enemigo cuando éste venza. Y este enemigo no ha cesado de vencer”.³

En ausencia de lo que “relampaguea” en el pasado, se esfuma cualquier identidad política fundada en las propias verdades, bajo la presión de un afán de no recordar ni reflexionar.⁴ Memoria y pensamiento crítico son entonces inservibles. Es por eso que los voceros connotados del pragmatismo que son promotores de todo género de “aliancismo” con la derecha histórica, con los vencedores, son los mismos que insisten tanto en que no se puede hacer política “eficaz” aferrándose al pasado. En nuestro caso esto se llegó a expresar en los últimos años con el argumento de que no se puede hacer política machacando que la derecha histórica del PAN ha estado en las últimas décadas plenamente identificada con el “centro derecha” priísta en todas las decisiones claves para reproducir los grandes males del país. Tampoco, dicen, se puede hacer buena política (“moderna”, la llaman) asido al recuerdo de que el PAN (hace apenas unos años), representando a todos los grupos de interés, los poderes fácticos, y con la aquiescencia del PRI, perpetró un fraude contra el pueblo mexicano e impuso la continuidad del neoliberalismo más ultramontano del continente. Desde luego, es comprensible este afán de borrar el pasado, pues se corre el riesgo de que lo asalte a uno el presente de lo que vivimos. Y entonces es difícil aceptar la idea de una fuerza política “emancipadora” o “regeneradora” en contubernio con los partidos de los “vencedores”, que son la negación (ayer y hoy) de todo lo que la izquierda se propuso (y se propone) para transformar a México en una nación no sólo habitable, sino también mínimamente justa: hogar de todos, y espacio de igualdad y bienestar.

² Walter Benjamin, “Sobre el concepto de historia”, IX, *Obras*, libro I, vol. 2, Abada Editores, Madrid, 2008, p. 310.

³ *Ibidem*, VI, p. 307-308. Cursivas nuestras.

⁴ “El pragmatismo, advierte Horkheimer, refleja una sociedad que no tiene tiempo de recordar ni de reflexionar”. *Loc. cit.*, pp. 76-77.

Se convirtió en un tópico de los *opinadores* de “pensamiento débil” que pueblan los medios, la supuesta necesidad de que la izquierda se moviera hacia la derecha para cerrarle el paso al “centro derecha” priista. En la práctica, esa fue la solución propuesta a la izquierda en el año 2000 y la que se remachó como inevitable en el 2012. A esto, comentaristas devotos de esa solución lo han llamado —esta vez con propiedad— la política del “centro pragmático”. Lo intrigante es el supuesto de que este “centro” siempre deba formarse con el movimiento de la izquierda hacia la derecha. La distancia es la misma: ¿por qué las fuerzas de la derecha no se mueven hacia la izquierda, para formar el seductor centro “pragmático”? Lo cierto es que como lo observó el cineasta italiano Francesco Rossi, “en el centro siempre está la derecha”.⁵ Y esto significa que el centro mismo está ya en la derecha. Es la repetición de la salida ofertada en los comicios de 2000: aliarse con el panismo para sacar al PRI de los Pinos. Ya sabemos qué nos pasó: el panismo gobernó igual (o peor en muchos aspectos) que el priismo.

La meta política de la izquierda, si quiere significar algo en términos de alternativa, no es consagrarse a frenar una fuerza autoritaria (que llevó al país hasta las puertas de la debacle) aliándose con otra fuerza de conservadurismo extremo (que ha llevado al país al infierno en que vivimos los mexicanos hoy). Su mira debe ser, más bien, sacar al país de este falso dilema y establecer las bases de la democracia política y la justicia social, sobre pilares completamente nuevos, lo que supone desalojar del poder a las camarillas que se siente igualmente bien con el PRI y con el PAN.

El pragmatismo expresa, volvamos a Horkheimer, “el triunfo del medio sobre el fin”. O, como hemos visto, la constante conversión de los medios en los fines de la política. Todo se reduce entonces a política sin fines, pensamiento sin ideas, almas sin sentimientos. Se trata de una de las más graves enfermedades morales de la “clase” política y las capas intelectuales tradicionales de México, que también alcanza a sectores autocalificados de izquierda. En realidad, de ese modo, éstos renuncian a todo proyecto o práctica que pueda recibir ese nombre. Más atentos a lo procedimental que a lo sustancial de la vida democrática, se muestran conforme con la *alternancia*, aunque ésta no implique ningún género de *alternativa* política, económica o sociocultural. Para la visión pragmática, “la verdad no es deseable únicamente por ella misma, sino que es tal en la medida en que *funciona mejor*, en la medida en que *nos lleva a algo que es ajeno a la verdad misma* o, por lo menos, *diferente de ella*”.⁶ Hemos visto cómo cierto talante intelectual simplemente aplaude ante lo que “funciona mejor”, sin arreglo a fines que vayan más allá de obtener cierto “éxito”.

Hay, desde luego, maneras distintas de ver las cosas. Sartre, por ejemplo, propone otro enfoque y, por tanto, otro papel para el intelectual, incluso si éste escoge integrarse a la acción política. En una entrevista concedida a Jorge Semprún a mediados de los sesenta, Sartre examina, según su perspectiva sobre el saber práctico que esbozamos en el capítulo anterior, cuál es la función del intelectual (no siendo éste un político) al lado del político:

⁵ Citado en Arnaldo Córdova, “De un liberal de izquierda a otro de derecha”, *La Jornada*, México, 5 de agosto de 2007.

⁶ Horkheimer, *Crítica...*, op. cit., pp. 77-78. Las cursivas son nuestras.

De lo que se trata, en nombre precisamente de una visión de conjunto, es de situarse al lado del político para recordarle, incluso torpemente, los *principios* que orientan una acción y los *finés* que se propone. Sabemos perfectamente que los medios elegidos influyen en la acción misma. Comprendo que, en multitud de casos, los medios para una revolución, para una acción, pueden ser duros, apretados, *pero los medios no pueden deformar el fin propuesto*. A partir del momento en que el fin se ve deformado por los medios, *hay que decirlo*. El papel del intelectual [...] consiste a la vez en *integrarse completamente en la acción*, si la juzga justa y verdadera, y en *recordar siempre el verdadero fin de la acción*, poniendo siempre de manifiesto, por la reflexión crítica, *si los medios elegidos se orientan hacia el fin propuesto o si tienden a desviar la acción hacia otra cosa*.⁷

¿Una perspectiva como ésta es compatible con el cartabón pragmático del centro? Examinemos brevemente cómo el centro se convirtió en la gran utopía de la nueva socialdemocracia.

El manifiesto tercerista

A fines de los años noventa de la centuria pasada, el *centro* estaba cada vez más disputado. Tendencias diversas reclamaban un espacio en este nuevo *aleph* político. Una corriente que se decía socialdemócrata, pero que buscaba convertirse en una “tercera vía”, ansiaba apiñarse en el lado izquierdo del centro (o el “centro izquierda”), en su afán de distinguirse de la derecha y la izquierda que calificaba de “tradicionales”. La geometría política devino así en un galimatías.

El centro estaba en su mejor momento, en el clímax de su prestigio. Los partidarios de aquella vía, después de haber obtenido algunos triunfos electorales, especialmente en Europa occidental, ahora también estaban empeñados —a la manera de los movimientos que habían dejado huella histórica— en dar forma teórica a su propuesta. Anthony Giddens, que entonces era el sociólogo británico más citado y celebrado, y director de la prestigiosa London School of Economics, escribió un sonado libro “sobre el futuro de la política socialdemócrata”. Si hubiese sido tan sólo una contribución al desarrollo de ese debate, la obra se hubiera sumado a otros trabajos con igual propósito y no habría tenido el impacto que logró en su momento. Pero el de Giddens era más que un nuevo ensayo sobre el tema: se convirtió en la formulación teórico-política más ambiciosa sobre la perspectiva política anunciada. A ello se debió su gran resonancia.

En efecto, *La tercera vía* de Giddens no era sólo la obra de un académico que intentaba aportar reflexiones propias o personales. Era un apasionado manifiesto, además de buena factura, a favor de la “nueva” política socialdemócrata. En rigor, se buscaba pulir y sintetizar los argumentos centrales de una praxis sociopolítica —que es una creación

⁷ Jorge Semprún (cuestionario y transcripción), “Conversación con Jean-Paul Sartre”, *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, núm. 3, octubre/noviembre, París, 1965, p. 81. Las cursivas son nuestras.

colectiva—, darle coherencia y sustento, fuerza expresiva y eficacia dialéctica. Para ello era necesario que los planteamientos desarticulados, vagos o excesivamente asidos a la práctica, pasaran a ser un conjunto integrado —o que al menos así lo pareciera— capaz de servir como inspiración y plataforma común a una tendencia o corriente en trance, pensaban sus promotores, de consolidarse como tal. El propio Giddens dijo que con su obra quería “resucitar el idealismo político”. El problema, agregó, es que “la teoría va por detrás de la práctica. Privados de las viejas certidumbres, los gobiernos que dicen representar a la izquierda están haciendo política sobre la marcha. El esqueleto de su quehacer político necesita cubrirse con carne teórica —no sólo para respaldar lo que hacen, sino para dotar a la política de un mayor sentido de la dirección y el propósito—”.⁸

La obra procuró ser esa formulación teórica tan urgente para “renovar” la socialdemocracia. Si, además, esto se lograba con elegancia, el resultado podía ser altamente persuasivo. En tanto manifiesto, el texto se proponía informar al mundo de la nueva tendencia y, al mismo tiempo, servir a los convencidos y a los futuros correligionarios como carta básica o programa político. Era proclama (“esto pensamos y proponemos”), pero también convocatoria: un llamamiento a organizarse como fuerza cohesionada y activa. Dicho sin ironía, el lema implícito era: “¡Socialdemócratas terceristas del mundo, uníos!”.

Asimismo, como manifiesto político, el texto de Giddens tenía ambiciones universalistas, aunque admitía que su punto de referencia era Gran Bretaña y la experiencia del nuevo laborismo. Es decir, el autor no se conformaba con tener como interlocutores al Reino Unido o a los europeos; hablaba para el mundo y, con los ajustes del caso, aspiraba a que sus fórmulas fueran pertinentes a escala global.

Blair y la izquierda del centro

Por entonces era conocida la gran cercanía entre Tony Blair y Anthony Giddens. El político había dicho que tenía en gran estimación el trabajo del científico social, y éste reconoció que aquél había trazado las líneas básicas del tercerismo británico. Llegó a ser difícil discernir en qué medida la plataforma de esta versión pujante de la “tercera vía” pertenecía a los planteamientos de Blair o a las elaboraciones de Giddens. En otros términos, qué tanto el gobernante era un operador que intentaba poner en práctica las ideas del sociólogo, o éste un ideólogo que trabajaba en dar formulación intelectual a la línea trazada por el líder político. Como fuere, lo cierto es que a partir de 1998, Blair se dio a la tarea de definir los lineamientos de una “nueva forma de pensar”, fundada en lo que consideraba los valores fundamentales de la “izquierda del centro”. Eran esos valores, según Blair, los que habían promovido “las grandes innovaciones del siglo XX: el sufragio universal, el Estado de bienestar, unas condiciones justas de trabajo”.⁹

El ex primer ministro británico partía de la idea de que la globalización era una realidad de la que no podíamos sustraernos. Pero no constituía sólo un hecho “inevitable”,

⁸ Anthony Giddens, *La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia*, Taurus, España, 1999, p. 12.

⁹ Blair, Tony, “La izquierda del centro”, en *El País*, Madrid, 7 de abril de 1998.

sino también positivo. La política correcta no consistía en oponerse a esa realidad o buscar transformarla, sino en preparar a empresarios y ciudadanos “para sobrevivir y competir en el mercado global”.¹⁰ Con ese propósito, creía Blair, había que ir más allá de la “izquierda tradicional” y de la “nueva derecha librecambista”, la primera preocupada por el control y la dirección desde el Estado, y la segunda empeñada en sostener “que un individualismo de miras estrechas y la fe en la libertad de los mercados son la respuesta a todos los problemas”.¹¹ La tercera vía sería entonces un “camino intermedio” entre la política de la antigua izquierda (el control estatal) y la nueva derecha (el *laissez faire*).

La tercera vía se colocaba también entre la postura de la izquierda de principios, más enraizada en las viejas posiciones de esta tradición, y la izquierda pragmática que “sólo pretende obtener los mismos objetivos de forma gradual”. Blair pensaba que se debía aplicar una política basada en principios, pero que al mismo tiempo fuera “sensata”. Era enfático en que no se trata de buscar un “confuso compromiso” entre la izquierda tradicional y la derecha individualista. Lo que perseguía era que los valores permanentes de la izquierda (tales como justicia, democracia, libertad, solidaridad, comunitarismo) fueran moldeados y modificados “para adaptarlos al mundo actual”, globalizado y competitivo. Con esa mira, la tercera vía lograba “su vitalidad de unir dos grandes corrientes de pensamiento del centro-izquierda —el socialismo democrático y el liberalismo—, cuyo divorcio durante este siglo contribuyó tan claramente a debilitar la política de signo progresista a lo largo y ancho de Occidente”.¹²

¿Qué medidas prácticas hacían falta para dar concreción a este enfoque? En materia económica, la tarea del gobierno consistía en abrir los accesos al capital y a los mercados de trabajo, promover la competencia y coordinar la inversión en infraestructura. Pero esto bajo el principio de que los mercados debían estar al servicio de las sociedades y no al revés. Por tanto, incumbía al gobierno fomentar capacitación y oportunidades, de modo que la gente estuviera equipada con las herramientas para ganar prosperidad. En ese marco, reducir el desempleo era un objetivo básico, al tiempo que la educación se volvía “una prioridad absoluta”. A ello se agregaba una política social que ofreciera seguridad en un mundo cambiante y que atajase la exclusión social. Evitar la exclusión (o la autoexclusión) de comunidades, grupos o sectores era una preocupación recurrente del tercerismo británico. La respuesta no era la supresión del Estado de bienestar, sino su reforma. Mas todo ello debía estar sustentado en el precepto de que si bien no se debe privar a nadie de oportunidades, “a cambio, todo el mundo debe ser responsable”. Bajo ese principio, y mediante redes sociales y comunitarias fuertes, se buscaría hacer “la síntesis entre individuo y comunidad”.

El gobierno debía moldear su estructura de acuerdo con las necesidades de la gente y acercarse al ciudadano. Esto tiene varias implicaciones. El Estado-nación debía descentralizarse, dando lugar a “devoluciones” o reconocimientos de autonomía que tuvieran

¹⁰ Martin Kettle, “Hay que moldear los valores de la izquierda para adaptarlos al mundo actual” (entrevista con Tony Blair), en *The Guardian / El Mundo*, Inglaterra/España, 17 de mayo de 1998.

¹¹ Tony Blair, “La tercera vía”, en *El Nacional*, Biblioteca electrónica, Venezuela Analítica. 4 de octubre de 1998, p. 1.

¹² *Ibidem*, p. 2.

como consecuencia la renovación de los gobiernos locales.¹³ Por lo que hace al ámbito global, la política debía ser “internacionalista” y de “colaboración”, favorable a los bloques comerciales y las uniones de mutuo interés, sin perder de vista que la “paz y la seguridad sólo pueden ser garantizadas colectivamente”.¹⁴

Los planteamientos de Giddens

Por su parte, Giddens arrancaba de una distinción entre la socialdemocracia “a la antigua” (o clásica) y el neoliberalismo (o nueva derecha). La tercera vía o socialdemocracia renovada que él intentaba delinear, se diferenciaba claramente de ambas. Aunque las dos corrientes adversarias correspondían en sus líneas generales a las dibujadas por Blair, el sociólogo elaboraba un cuadro más completo y detallado de sus características, que no podemos examinar aquí por razones de espacio.¹⁵ En todo caso, el balance de los resultados alcanzados por las respectivas corrientes examinadas era poco halagador.

Según Giddens, ni la socialdemocracia antigua ni el neoliberalismo podían dar respuesta a los actuales retos. Más aún, ambos estaban en crisis. El neoliberalismo, sostenía Giddens, atravesaba ya por graves apuros que le habían hecho perder su aureola de opción incuestionable. “La razón principal es que sus dos mitades —el fundamentalismo de mercado y el conservadurismo— están en tensión”. El neoliberalismo se enfrentaba a una contradicción irresoluble. Por una parte, queriendo hacer compatible la devoción por el mercado con la tradición, se encontraba con que “nada hay más disolvente de la tradición que la ‘revolución permanente’ de las fuerzas del mercado”; y, por otra, puesto que el fundamentalismo de mercado disuelve indiscriminadamente las formas comunales, socavaba la base social de las que dependían precisamente los mercados.¹⁶ Por lo que hace a la socialdemocracia tradicional, los principales atributos sociales que le daban identidad (sistema social o familiar, mercado de trabajo homogéneo, economías cerradas, etc.) se estaban desintegrando. El igualitarismo y el Estado de bienestar, tal y como lo definieron e intentaron practicarlos los gobiernos de la vieja izquierda, estaban en el descrédito.¹⁷

Dado que también las estructuras de apoyo político habían cambiado (esto es, los valores y las actitudes políticas ya no se ajustaban a los patrones de clase ni a la dicotomía derecha/izquierda), los partidos socialdemócratas no tenían asegurado un “bloque de clase” y debían crear nuevas identidades y consensos. Pese a que los socialdemócratas habían logrado cierto éxito electoral en los noventa, lo que preocupaba a Giddens era que no habían “configurado todavía una ideología política nueva e integrada”. La pregunta a la que quería responder el autor era esta: “¿Qué orientación debería tener en un mundo en que no hay alternativas al capitalismo?” La propia socialdemocracia, en el pasado, había sido experta en

¹³ *Ibíd.*, p. 3.

¹⁴ Tony Blair, “La izquierda del centro”, en *El País*. Madrid, 7 de abril de 1998, p. 2-3.

¹⁵ Giddens, *La tercera vía...*, p. 18.

¹⁶ Sobre la crítica del autor tanto al neoliberalismo como al liberalismo *per se*, cf. Giddens, *Más allá de la izquierda y la derecha. El futuro de las políticas radicales*, Ediciones Cátedra. España, 1996, pp. 18-19.

¹⁷ Giddens, *La tercera vía...*, pp. 26-28.

definir cada uno de sus momentos como una “tercera vía”. La más reciente apropiación del tercerismo por Bill Clinton y Tony Blair fue recibida con recelo e incluso calificada, dice el autor, “como un liberalismo recalentado”. Esta discusión no le interesaba. Lo que le importaba era analizar la opción tercerista como intento de trascender los viejos caminos.¹⁸

Para ello, según Giddens, había que examinar lo que llamaba cinco “dilemas básicos”. Estos eran: globalización, individualismo, significado de izquierda/derecha, capacidad de acción política y problemas ecológicos. Nuestro autor discrepaba de los que juzgaban que no existía en realidad un conjunto de hechos originales que merecieran el nombre de globalización. Él advertía transformaciones novedosas, como la revolución de las comunicaciones, la tecnología informática y el creciente papel de los mercados financieros mundiales (cuyos intercambios con relación al comercio se habían multiplicado por cinco en tres lustros). Por tanto, concluye que la globalización económica es una “realidad”, si bien no debía verse “como si fuera una fuerza de la naturaleza”: era un hecho socioeconómico y cultural, promovido por estados, empresas y grupos. Para él, la globalización “no es sólo, ni principalmente, interdependencia económica, sino la transformación del tiempo y del espacio en nuestras vidas”. El Estado-nación se transforma, merced a tres efectos provocados por la globalización. Ésta presiona hacia arriba, debilitando algunos poderes que poseían las naciones; pero también hacia abajo, creando “nuevas demandas y también nuevas posibilidades de regenerar identidades locales”. Finalmente, hay una presión “lateral” que crea nuevas regiones económicas y culturales por encima de fronteras. ¿Todo esto significa que el Estado-nación era ya una ficción o que desaparecía? Giddens no lo cría así: su acción “más bien se expande que disminuye a medida que la globalización evoluciona”.¹⁹

Otro reto se refería al llamado “nuevo individualismo”, que no remitía a una generación centrada en el “yo”, egoísta y despreocupada por las cuestiones morales de nuestro tiempo. Por el contrario, todos los indicios apuntaban hacia generaciones de jóvenes más sensibles hacia valores “posmaterialistas”, según el término de Inglehart, como medio ambiente, derechos humanos o libertad sexual. Esto estaba lejos de ser conservador o negativo. Había que encontrar el inédito equilibrio entre responsabilidades individuales y colectivas, y el nuevo individualismo era un aliado valioso en tanto “está ligado a presiones hacia una mayor democratización”.²⁰

Nuestro autor concordaba con Norberto Bobbio en varios puntos: la diferencia entre izquierda y derecha varía en el curso del tiempo; la polarización entre ambas persistirá y seguramente se reactivará, cargándose de otros contenidos; el criterio de distinción continuo entre izquierda y derecha es la actitud respecto a la igualdad: mientras la primera la favorece, la segunda “ve la sociedad como inevitablemente jerárquica”. Giddens añade que lo característico de las personas de izquierda es no sólo que buscan la justicia social, sino que “creen que el gobierno debe jugar un papel clave en fomentarla”; es decir, que “estar en la izquierda significa creer en una política de la emancipación”.

¹⁸ *Ibidem*, pp. 36-38.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 40-46.

²⁰ *Ibid.*, pp. 48-50.

Lo realmente novedoso de la época actual radica en que la globalización, junto con la desintegración del bloque socialista, “ha alterado los contornos de la izquierda y la derecha”, provocando cambios cualitativos: a) ha perdido sentido tanto la actitud de apoyo casi irrestricto al progreso o al avance de la ciencia y la tecnología de la izquierda, como la postura escéptica y pragmática de la derecha; ahora ambas han tenido que aceptar la ambivalencia, así como los riesgos e incertidumbres que dichos avances generan; b) marxistas y socialdemócratas creían que el capitalismo debía ser derribado y sustituido por otro sistema, o bien progresivamente reformado hasta convertirlo en otra cosa, mientras que ahora, afirmaba Giddens, “nadie tiene ya alternativas al capitalismo”, y los debates giran en torno “a la extensión y las formas en que el capitalismo debiera ser dirigido y regulado”; c) se plantean nuevos problemas que no estaban en el horizonte izquierda/derecha y que, por tanto, rebasan a ambas. Nuevos retos vinculados a lo ecológico, las formas de la familia, el trabajo, la identidad personal y cultural, etc., se ponen a la orden del día. Puesto que ninguno “es una cuestión clara de izquierda/derecha” y casi todos “requieren soluciones radicales o sugieren políticas radicales”, razonaba el autor, se debería enfocar de otro modo el centro político,²¹ ya que “centro-izquierda” no es forzosamente sinónimo de “izquierda moderada” ni se sostiene ya la “ecuación entre ser de izquierda y ser radical”.²²

Los gobiernos seguirán siendo necesarios para aplicar las políticas en áreas en las que ni los mercados ni los movimientos sociales (u otras organizaciones no gubernamentales) pueden sustituirlos. Cada vez más, los gobiernos tendrán que aprender de estos movimientos y grupos, y negociar con ellos. Pero lejos de la fantasía de que éstos puedan sustituir a los gobiernos o partidos, el reto de la socialdemocracia es “analizar cómo podría ser el gobierno mejor reconstruido para afrontar las necesidades de la época”. Una de esas necesidades a tomar en cuenta es la que revela la ecología, materia en la que no es aceptable un fundamentalismo de mercado. No se trata sólo de promover una “modernización ecológica” que involucre desarrollo sostenible, combate a la contaminación y regulación medioambiental, sino que, además, comprenda la noción estratégica de riesgo, asuma el carácter internacional y mundial de la cuestión y coloque las decisiones sobre ciencia y tecnología dentro de los procesos democráticos. La cuestión del buen manejo del riesgo “es una de las principales preocupaciones de la nueva política” y unifica a varias fundamentales que van desde la reforma del Estado de bienestar, pasando por los mercados financieros y los problemas ecológicos, hasta las transformaciones geopolíticas.²³

En suma, la meta general de la “política de la tercera vía” consiste en auxiliar a los ciudadanos “a guiarse en las grandes revoluciones de nuestro tiempo: la globalización, las transformaciones de la vida personal y nuestra relación con la naturaleza”. Giddens sugirió que los lemas principales para la nueva política podrían ser, primero, ningún derecho sin

²¹ Explica el autor: “El término ‘centro-izquierda’ no es, pues, una calificación inocua. Una socialdemocracia renovada ha de estar a la izquierda del centro, porque la justicia social y la política emancipadora siguen constituyendo su esencia. Pero no debería considerarse que el ‘centro’ no tiene sustancia.” Giddens, *Ibid.*, p. 59.

²² *Ibid.*, pp. 54-60.

²³ *Ibid.*, pp. 68-79.

responsabilidad, para subrayar que todos —y no sólo los destinatarios del bienestar— tienen correlativas obligaciones; y segundo, ninguna autoridad sin democracia, destinado a rechazar cualquier pretensión conservadora de buscar en la tradición o sus símbolos el fundamento de la autoridad. “En una sociedad donde la tradición y la costumbre están perdiendo fuerza, la única ruta para establecer la autoridad es la democracia”.²⁴ A ello había que agregar los “valores cosmopolitas”, que no entran en conflicto con el pluralismo cultural de las naciones sino que lo presuponen,²⁵ y el “conservadurismo filosófico”.²⁶

Luces y sombras de la “vía láctea”

Creo que lo fundamental de la propuesta tercerista de Giddens se encuentra en los puntos antes esbozados. El resto de la obra, con todo y que pretendía presentar el “perfil” de un “programa político integrado”, resultó la parte más débil y decepcionante. El anunciado desarrollo del programa no se concretó y el texto se mantuvo en un desconcertante tono general. Con la excepción de algunos temas en los que logró dar forma a propuestas interesantes —es el caso del tratamiento del “multiculturalismo”, aunque no alcanzó los desarrollos críticos de otras corrientes que fueron más a fondo—, en general esta parte adolece de deficiencias notables (quizás la más chocante es la relativa al ámbito económico) y es pobre en el tipo de novedades que uno espera de un “programa”.

Pero hay que decir que lo que abarca la obra no es poco. Es fácil ironizar a costa de las imprecisiones e inconsistencias de la tercera vía, que las tiene y en abundancia, y de su pretensión de situarse entre los históricos contendientes de la derecha y la izquierda. La tercera vía ha sido calificada de “izquierda rosa” y la propuesta ha merecido el mote de “vía láctea”, para hacer referencia a la consistencia “lechosa” o nebulosa de sus principios y políticas. Sin negar que les falte razón a los críticos, no debe regatearse a Giddens el mérito de ensayar la construcción de una perspectiva “integrada”, aunque fuese en tono menor, precisamente en el momento en que tantos analistas —incluso desde posiciones de “izquierda”— habían proclamado la inutilidad de las propuestas globales y la muerte definitiva de los “grandes relatos”, a lo Lyotard.²⁷ Asimismo, en su momento, la crítica tercerista del neoliberalismo podía evaluarse como un síntoma fuerte del gradual agotamiento de esta corriente. Debía considerarse valioso y positivo que una argumentación sistemática (fuera de la izquierda socialista y otras corrientes antisistémicas) sostuviese sin tapujos que la

²⁴ *Ibíd.*, pp. 80-82.

²⁵ Para el autor, la “perspectiva cosmopolita es condición necesaria para una sociedad multicultural en un orden globalizador. El nacionalismo cosmopolita es la única forma de identidad nacional compatible con ese orden”. *Ibíd.*, p. 161.

²⁶ Esta fórmula poco afortunada de Giddens se refiere a una combinación de pragmatismo frente al cambio, actitud matizada ante las consecuencias de ciencia y tecnología, respeto por el pasado y la historia, y principio precautorio respecto al medio ambiente. *Ibíd.*, p. 84.

²⁷ Jean-François Lyotard, *La condición posmoderna. Informe sobre el saber*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1987, p. 10.

política socioeconómica y, en general, el proyecto cultural del neoliberalismo no sólo no eran inatacables sino que eran ya insostenibles.

Desde otro ángulo, la versión giddensiana de la tercera vía apuntaba a cuestiones cuyo valor tendría que examinarse con más cuidado; e incorporaba temas que la izquierda socialista no había desplegado con la fuerza del caso en el marco de los esfuerzos por rearticular su programa histórico, a pesar de que muchos de ellos eran en verdad asuntos propios de su tradición. Ejemplo de ello era la perspectiva pluralista y en favor de las autonomías, a la que desde luego se han opuesto los liberales de viejo cuño (que, por cierto, todavía abundan en Latinoamérica) y los neoliberales en prácticamente todas partes. No se puede omitir que aún algunas fuerzas “socialistas” más o menos radicales siguen sin dar tal paso, y en ese eje continúan haciendo coro a posiciones conservadoras.

El problema mayor es el carácter híbrido del enfoque, cargado de tesis contradictorias y ambigüedades, propias de un esfuerzo por compatibilizar tradiciones disímiles sin afectar su plataforma sistémica común. Ésta es sin duda el sistema capitalista mismo, aceptado como la forma socioeconómica consustancial a la sociedad humana tanto por el liberalismo como por la socialdemocracia (desde principio del siglo pasado). Lo mismo para el político que para el intelectual, el punto de partida es que el capitalismo es “insuperable”. Pero la concepción de los teóricos de la tercera vía sobre el orden capitalista es notablemente deficiente. No ven la historicidad del mismo, ni tampoco los límites “interiores” que establece a un despliegue de lo social. Como lo han indicado Fernández Liria y Alegre Zahonero, a menudo se pasa por alto que lo que llamamos “sociedad capitalista no sólo es capitalista, es también sociedad”. El capitalismo, en su expansión irrefrenable según las leyes que le son propias, tiene la peculiaridad de dejar cada vez menos espacio a la sociedad. El problema se puede resumir en que “el capitalismo ocupa demasiado sitio para que la sociedad pueda desenvolverse a sus anchas. El capitalismo es un sistema de producción que tiene sus propias necesidades y éstas no tienen por qué coincidir con las necesidades sociales o humanas de quienes habitan la sociedad capitalista, y mucho menos aún con las exigencias de la razón práctica que serían capaces de conformar una sociedad en ‘Estado de derecho’”.²⁸ En ese sentido, plantear que “no hay alternativas al capitalismo”, es plantear que tampoco hay alternativas para la sociedad. En verdad no hay aquí un proyecto novedoso, o de la radicalidad que el propio Giddens espera de la socialdemocracia renovada, capaz de apartarse en lo sustancial del rotundo “no hay alternativa” de Margaret Thatcher. Lo mismo ocurre con la globalización, vista como una experiencia a la que debemos acomodarnos, dado que no podemos sustraernos a ella. De su caracterización Giddens deduce correctamente que no es “una fuerza de la naturaleza”, sino una creación sociocultural y económica; pero no parece advertir que, además, resulta de la propia dinámica del capitalismo.

En la versión tercerista de la sociedad moderna, se trataba de *humanizar* el capitalismo —lo que después de todo era un tópico de la vieja socialdemocracia que tanto

²⁸ Carlos Fernández Liria y Luis Alegre Zahonero, *El orden de El Capital*, Editorial El perro y la rana, Caracas, 2011, p. 119.

Blair como Giddens querían sobrepasar— mediante medidas para moderar sus tendencias o regular sus impulsos destructivos. Domesticar el tigre o al menos volverlo vegetariano. Pero al entrar en este terreno, resultaba muy previsible el deslizamiento hacia políticas de “regulación” que terminarían liberalizando cada vez más el funcionamiento del capital por lo que hace a los mercados financieros, lo salarial, lo ecológico y, en general, la política social. Al plantearse qué orientación debía tomar la nueva socialdemocracia en “un mundo en que no hay alternativas al capitalismo” y, por tanto, restringir el horizonte a cómo debía ser “dirigido y regulado” aquel sistema, la tercera vía marcó su destino: a fin de cuentas fue el capitalismo el que terminó dirigiendo la trayectoria tercerista y regulando sus políticas. Como sabemos, así ocurrió cada vez más nítidamente en los años subsiguientes, hasta culminar en la última gran crisis de 2008.

De lo dicho se deduce que la propuesta tercerista no puede conceptuarse como un proyecto de la izquierda, ni siquiera en el sentido que la caracterizó Bobbio. Hay razones para pensar que la propuesta de la tercera vía es más bien un ensayo de renovación del programa liberal (mediante una inyección de algunos nutrientes de izquierda, previamente recocidos), que una alternativa de izquierda al capitalismo neoliberal. Del binomio liberalismo-socialismo (aún del llamado “democrático”), que según Blair alimenta su nueva vía, se toma casi todo del primero y muy poco del segundo, si es que algo se incorpora. La idea de que la tercera vía apunta hacia la izquierda, pero toma la dirección de la derecha es más que un buen chiste.²⁹ Las vaguedades, los enunciados demasiados generales y la exuberante retórica cargada de buenas intenciones, seguramente tienen que ver con tal ambigüedad.

Lo entreverado de la propuesta, a su vez, hizo posible una gran heterogeneidad de posiciones en su interior (encarnadas en personajes como el alemán Gerhard Schröder, el francés Lionel Jospin, el italiano Massimo D’Alema, el brasileño Fernando Henrique Cardoso, el chileno Ricardo Lagos y, por supuesto, Bill Clinton), por lo que quizás se debería hablar de “terceras vías”, en plural, o darse por vencido. El mismo carácter de la “nueva” vía favorecía también que una verdadera cáfila de pretendientes disímiles se agolpara a las puertas del “centro-izquierda”, exigiendo a gritos su ingreso. Lo dicho: el centro-izquierda se había vuelto atractivo, o simplemente se había convertido en un lugar de la derecha neoliberal. José M. Aznar en España, por ejemplo, insistió en vestirse con el frac tercerista. Algunos, incluso, reclamaron antiguos títulos, un abolengo de centro-izquierda injustamente ignorado. Fue el insólito caso del entonces secretario de hacienda de México, quien asestó a sus anfitriones en España una larga disertación para convencerlos de que el régimen priista al que servía había puesto en práctica la tercera vía desde siempre y, en materia tercerista,

²⁹ El chiste circuló en la red y fue recontado por el propio Giddens en una de sus conferencias (“Más allá de la derecha y la izquierda. Una nueva política para el nuevo milenio”, *Instituciones y Desarrollo*, no. 2. Madrid, 1998). Es éste: “Lionel Jospin [entonces presidente socialista de Francia] y Tony Blair van en coche y Jospin conduce. Llegan a un cruce y Jospin no sabe por dónde ir. Se vuelve a Tony Blair y le dice: ¿hacia dónde hemos de ir Tony? Y Tony le contesta: pon la direccional a la izquierda pero gira a la derecha”.

Ernesto Zedillo era prácticamente un campeón sin corona.³⁰ Si el gobierno zedillista, epítome de neoliberalismo extremo y un pionero en rescates financieros que serían un distintivo emblemático del neoliberalismo,³¹ podía subir al tren de la tercera vía, entonces la pregunta era por qué no podrían hacerlo los impresentables gobiernos del mismo corte que padecía, y sigue padeciendo, América Latina.

Por lo demás, la práctica de los terceristas no avaló positivamente ninguno de sus principios y propósitos explícitos. A finales de los noventa ya comenzaba a generalizarse la impresión de que no había diferencias sustanciales en materia de política económica y social, por ejemplo, entre el thatcherismo y el tercerismo neolaborista.³² En lo que hace al ámbito internacional, brilló por su ausencia la nueva política ajustada a los “principios” prometida por Blair, como quedó en evidencia a raíz del papel que jugó el Reino Unido en los ataques despiadados contra Yugoslavia. Más bien hubo una identificación total con la política de Washington.³³ Al parecer, cuando Blair se refería a la garantía “colectiva” de la paz y la seguridad, en ese conjunto sólo incluía a Estados Unidos y sus aliados comprendidos en la OTAN. En el caso yugoslavo, la posición de los gobiernos europeos de la “tercera vía” fue de subordinación unánime a la estrategia estadounidense. Pudimos ver allí cómo se aplicó “internacionalmente” la tercera vía. ¿En qué se apartaba, pues, la política internacional de los terceristas de la de los demás partidos gobernantes que integraban la OTAN? Quizá sólo en el prurito neotecnocrático de la precisión destructiva y la cuantificación de las bajas colaterales. A este propósito, resultó pertinente el comentario irónico de Carl Bildt, ex primer ministro sueco, sobre el ataque de la OTAN contra los serbios: “Bombas inteligentes para políticos inteligentes. La tercera vía en guerra”. En el caso de Irak, una docena de años después, el gobierno del líder tercerista Tony Blair —esta vez acompañado en todo por el aspirante Aznar— no se apartó de la línea de “principios” anteriormente descrita, excepto porque en esta ocasión llevaron su adhesión a la estrategia imperial de Bush hasta el último extremo: comprometieron su apoyo en lo político, lo militar y lo diplomático, incluyendo el montaje de la patraña sobre las armas de destrucción masiva que, según todos ellos, poseía el gobierno de Sadam Huseim.

Volviendo a las cuestiones de fondo, la tercera vía, lejos de una posición que pudiera ser calificada propiamente de izquierda, en la mejor hipótesis se colocaba en la línea del *liberalismo político* propugnado por autores como John Rawls, una de cuyas características centrales es dar por sentada la desigualdad como una realidad que no puede suprimirse. De acuerdo con el “principio de diferencia” elaborado por Rawls, por ejemplo, se puede ambicionar un ajuste de la desigualdad social que nos aproxime a un ideal de “justicia”, en tanto que las mejoras de los miembros más aventajados supongan al mismo tiempo una

³⁰ José Ángel Gurría Treviño, “La política económica de México y la tercera vía”, conferencia en Madrid, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, ms., 24 de mayo de 1999.

³¹ Recuérdese la gigantesca operación de privatización de las ganancias y socialización de las pérdidas que fue en México el FOBAPROA.

³² Cristina Frade, “La ‘Tercera Vía’ o el credo de Tony Blair”, en *El Mundo*, Madrid, 17 de mayo de 1998.

³³ Dora Kanoussi et al., “17 versiones de Yugoslavia”, en *Memoria*, núm.125, CEMOS, México, julio de 1999, pp. 17-47.

mejoría para los menos favorecidos. La finalidad del influyente teórico liberal es conseguir la “igualdad democrática” mediante la combinación del principio de “igualdad de oportunidades” con el de diferencia.³⁴ El “modelo de igualdad” de la tercera vía defendido por Giddens está marcado por la misma preocupación: no se trata de eliminar la desigualdad, sino de evitar su ampliación mediante la corrección del principio de la igualdad de oportunidades.³⁵ La principal fuente de inspiración de la tercera vía, aunque inconfesada, provenía del liberalismo. Es comprensible entonces que, ante este saqueo soterrado, algunas de las críticas más severas contra el tercerismo procedieran del campo liberal;³⁶ y que en un congreso de la Internacional Liberal se haya lamentado la falta de reconocimiento al mérito a los liberales en la construcción de la nueva vía.³⁷

Llama más la atención cómo la tercera vía esfumó de un plumazo la cuestión de la explotación, tanto en el seno de los países como entre países. Parecía que el fenómeno de la “globalización” hacía irrelevante cualquier referencia a las fundamentales relaciones Norte-Sur y a las asimetrías entre países centrales-periféricos. En ese marco, por ejemplo, carecería de importancia la reveladora información, construida por Pablo González Casanova y su equipo, en el sentido de que en los años “comprendidos entre 1992 y 1995 la transferencia de excedentes (un billón 364 000 millones de dólares) triplicó la correspondiente al periodo de 1972 a 1981 y es superior a cualquiera de los cuatro quinquenios precedentes”.³⁸ Si la explotación no sólo no iba en retroceso, sino que experimentaba un incremento brutal (superior incluso “al de la etapa anterior del capitalismo, conocida como imperialismo monopolístico”, tristemente célebre por su abominable saqueo del Tercer Mundo), ¿cómo podía tomarse en serio o esperarse algo bueno de una “tercera vía” que lo ignoraba por completo?

³⁴ John Rawls, *Teoría de la justicia*, Fondo de Cultura Económica, 2ª edición. México, 1995, pp. 80-81. Véase también, J. Rawls, *Liberalismo político*, Fondo de Cultura Económica, México, 1995. Para un examen crítico de esta teoría, cf. H. Díaz-Polanco, *Elogio de la diversidad. Globalización, multiculturalismo y etnofagia*, Siglo XXI Editores, 3ª edición, México, 2010, capítulo 4.

³⁵ “Toda la antigua democracia social busca la igualdad, y la igualdad de resultados”, dice Giddens. No es la clase de sociedad que quiere la tercera vía. “No obstante, de ahí no se deriva que tengamos que refugiarnos en el neoliberalismo. No podemos tener una sociedad que acepte ampliar las desigualdades que vemos, ni tampoco podemos identificar la igualdad con la igualdad de oportunidades”. El modelo de igualdad de la tercera vía, explica, implica meritocracia, igualdad de oportunidades e igualdad de resultados “moderadas”. Giddens, “Más allá de la derecha y la izquierda. Una nueva política para el nuevo milenio”, *loc. cit.*, p. 9.

³⁶ Por lo que hace a los planteamientos de la tercera vía, el liberal Bernaldo de Quirós consideró que “sus formulaciones políticas concretas o son simples reescrituras de los programas liberales clásicos o son vagas declaraciones de principio sin contenido real alguno. Así pues, la nueva izquierda se mueve en el plano doctrinal entre el plagio y el vacío [...]. Lo mejor de la Tercera Vía, junto a su aceptación de las bases del discurso liberal, es su magnífico uso del *marketing*. Resuelve cualquier grave problema de definición, añadiendo al sustantivo problemático el adjetivo “nuevo” y ya está. En este sentido, Giddens es un maestro y Blair no deja de ser un aprendiz”. Lorenzo Bernaldo de Quirós, “La Tercera Vía”, *La Ilustración Liberal*, Madrid, 1998. Desde la óptica de izquierda, ver José Luis Fiori, “Centroizquierda: Requiescat in Pace”, *Sin Permiso*, Barcelona, 5 de septiembre de 2010.

³⁷ En su discurso ante el XL congreso liberal, Pere Esteve se preguntó: “¿por qué el liberalismo, que de hecho es y ha sido una tercera vía, no puede saborear el triunfo de muchos de sus postulados y, aún más, cuando resulta que su espacio político —el centro— es el que ahora triunfa en Europa?” Pere Esteve, “Speech”, XL Liberal International Congress, European Parliament. Bruselas, 3-5 de marzo de 1999, p. 2.

³⁸ Pablo González Casanova, “La explotación global”, *Memoria*, núm. 116, CEMOS, México, octubre de 1998, p. 39.

Lo mismo podía decirse en relación con las cuestiones del poder y de las clases sociales, las cuales estaban prácticamente ausentes, si descontamos la preocupación por la ingeniería social y la renovación de las formas de “gobernanza”. Los mitos de un mundo “sin fricciones” o del “deslizamiento” por encima de los conflictos de clase, volvían por sus fueros.

Consecuente con esto, la tercera vía se dejaba cegar por el resplandor de su propio principio universalista, lo que le impedía ver las cruciales diferencias entre los países que conducen la “globalización” y aquellos que la sufren, entre los que imponen su voluntad y su política y aquellos que deben aceptar tanto la imposición como la visión del mundo de los nuevos amos. El “Reporte sobre desarrollo humano 2000” del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), por ejemplo, aportó información contundente sobre los efectos de la mundialización en marcha que estaban completamente fuera de la perspectiva tercerista: una quinta parte de la población del planeta detentaba ya el 86 por ciento del producto mundial y el 82 por ciento de los mercados de exportación, al tiempo que los países ricos de la OCDE —que apenas incluían el 19% de la población del mundo— controlan más del 70 por ciento del comercio y sus habitantes eran el 91 por ciento de los usuarios de internet, etcétera. No escapa que los índices de concentración han continuado acentuándose.

Tales resultados de la globalización ponían en grave predicamento la confianza de los teóricos terceristas de que sus diseños de política eran la respuesta a los problemas de la humanidad en esa etapa de neoliberalización del capital. En particular, la idea de que podían concebirse soluciones aplicables en cualquier contexto nacional, dejando de lado cruciales diferencias históricas, tanto socioeconómicas y políticas como culturales. Si las propuestas terceristas podían considerarse “soluciones”, éstas en todo caso sólo lo serían para una parte ínfima de la humanidad.

Una alternativa que sea cabalmente de izquierda (decididamente partidaria de la igualdad, la justicia, la democracia y la libertad), llámese como se llame, está en construcción. La tarea es ingente. Lo nuevo es que esta meta parece hoy más factible que hace unos años. Los terceristas socialdemócratas, queriéndolo o no, al menos argumentaron contra la postura de que no hay nada que hacer frente a la globalización neoliberal (como fue el caso de Giddens), aunque paradójicamente ellos mismos incurrieran en un discurso justificante al asumir la versión *pop* del “paradigma globalista”,³⁹ que daba por supuesto el carácter inevitable de la dominación, la apropiación y la “acumulación por desposesión” estudiada por David Harvey.⁴⁰

Las consecuencias para las fuerzas terceristas europeas fueron devastadoras. La adopción de una perspectiva liberal, apenas revestida de principios de “izquierda”, resultó veneno puro para la “nueva” socialdemocracia. Los gobiernos de la tercera vía fueron cayendo uno tras otro. Al iniciar la segunda década del siglo XXI, y arrastrados por la crisis de 2008 que habían contribuido a gestar, los gobiernos neo socialdemócratas prácticamente

³⁹ John Saxe-Fernández (coord.), *Globalización: crítica a un paradigma*, Plaza y Janés-UNAM-IIES, México, 1999, p. 12.

⁴⁰ David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, Ediciones Akal, Madrid, 2007.

desaparecieron del mapa europeo. La explicación de la debacle que ofrecieron los diputados Jon Cruddas y Andrea Nahles, del Reino Unido y Alemania respectivamente, partidarios de buscar un nuevo rumbo para la izquierda, es aplicable al conjunto de los países en que actuó el tercerismo en los últimos lustros: “Los modelos socialdemócratas de la tercera vía [de Tony Blair] y el *Neue Mitte* [de Gerhard Schröder] abrazaron acríticamente el nuevo capitalismo globalizado, subestimando el potencial destructivo de los mercados infrarregulados”.⁴¹ El componente liberal del nuevo arreglo había ejercido su efecto.

⁴¹ Citado en Andrea Rizzi, “La derecha como refugio”, *El País*, Madrid, 6 de julio de 2011.